

Necesitamos conjugar «verbos ungidos»

por Connie Bentson Byler

Según un diagrama que nos presentó Agustín Melguizo hace tiempo, Dios tiene sólo una estrategia para llevar a todas las personas del mundo hacia el centro de su corazón. Su estrategia se llama Amor. Y aunque los propósitos gloriosos y grandísimos de Dios para toda la humanidad nos quedan a nosotros como un calzado del número 56, la estrategia de Dios incluye hacernos a nosotros útiles para él. Su intención es llevarnos cada vez más cerca de sí, y hacernos más útiles para él. Su intención es que nuestra vocación y elección sean amarle a él sobre todas las cosas y amar y servir a los que nos rodean.

La iglesia, entendiéndose la comunidad de discípulos de Jesús, es el instrumento elegido por Dios. Dios no tiene otra que usarlos a nosotros. Por eso la importancia de vivir vidas llenas de su Santo Espíritu.

Dios no puede hacer todo lo que quiere hacer, sin nosotros. Ni nosotros, sin el Espíritu de poder que actúa en nosotros. Dios siempre nos está llamando como individuos y como iglesia, a un mayor compromiso con él y sus más grandes propósitos.

Lo que se escribió acerca de David después de morir, puede y debe llegar a ser también nuestro epitafio. Dice en Hechos 13,36: «David, después de servir a su propia generación conforme al propósito de Dios, murió».

Podemos saber cuáles son los grandes propósitos de Dios, pero he llegado a una conclusión recientemente: No tengo ni idea de cómo lo



va a hacer en mi generación y en mi ámbito. Ni cómo, ni cuándo. Sólo he llegado a sentir el punto de mi gran necesidad. Siento que pertenezco en el suelo, totalmente rendida a él, sintiendo mi total y absoluta dependencia de él, mi gran necesidad personal de él. Dios nos lleva tiempo diciendo que necesitamos estar necesitados de él para que él se pueda manifestar en esta generación.

Con espíritu humilde, aunque parezca una contradicción, necesitamos entender que no podemos darnos el lujo de vivir sentados mientras esperamos en las maravillosas promesas de Dios. Debemos ocuparnos en hacer todo lo que nos corresponde a nosotros hacer para que se cumplan. Tenemos que entender que nos toca estar preparados. Adiestrados. Haciendo prácticas. Incluso, arriesgándonos a fracasar. Pero siempre esperando con expectación y con fe lo que Dios ha prometido hacer en los tiempos que nos tocan vivir.

A la vez, Dios nos está enseñando, puliendo, perfeccionando, corrigiendo y madurando. Estamos siendo pulidos

constantemente como la plata, porque: «Las palabras de Dios son palabras puras, plata probada en un crisol en la tierra, siete veces refinada» — como dice el salmista.

No es lo mismo vivir esperando que esperar a ver qué va a pasar. Dios nos ha dicho muchas cosas: que él desea cumplir todos sus propósitos en nosotros; que no descuidemos nuestro primer amor; que mantengamos nuestras lámparas llenas de aceite; que llenemos los graneros. Lo que nos toca es algo como la situación que le tocó a Noé: que construyamos un arca. Que construyamos en el presente lo que Dios va a usar en el futuro.

Cuando escuchamos conmovidos un testimonio de que Dios está cerca de alguien, haciendo su obra, yo me voy a casa pensando que nuestros testimonios son lo más precioso y valioso que tenemos para dar a otros.

Y antes de que el mundo alrededor nuestro acepte la Palabra de Dios como creíble, quieren comprobar lo creíbles que somos nosotros. Por eso se nos dice: «Asegúrate de vivir de

También en este número:

Rituales de transición: 5. Boda	2
La gracia y el infierno	4
Novedades de Biblioteca Menno	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: Reino de Dios	8

una manera que traiga honor al evangelio de Cristo» (Fil 1,27).

Quiero ofreceros la idea de que esto incluye una manera de pensar y hablar, conjugando ciertos verbos con una mente clara. Recuerdo cuando aprendí a conjugar los verbos irregulares en la niñez, algo que podía ser tan pesado como divertido. Quizás necesitamos aprender a conjugar otros verbos, unos verbos ungidos. Necesitamos revelación de Dios para conjugar verbos para Su gloria, y renovar nuestra mente y corazón, incluyendo nuestras bocas y propias vidas.

Mirad cómo podemos empezar a conjugar verbos:

1. Yo necesito un Salvador.

Tú necesitas un Salvador.

El mundo necesita un Salvador.

2. Yo necesito perdonar.

Tú necesitas perdonar.

El mundo necesita perdonar.

Debo entender con toda mi mente y todo mi corazón que lo que Dios me ha dado a mí es también para otros. Estuve reflexionando acerca de lo que ha significado para mí tener a Jesucristo como Señor y Salvador de mi vida. En especial, pude ver que mi visión de Jesús como mi Salvador era incompleta. Le aclamaba como mi Salvador porque me había salvado del mundo y del pecado, del infierno y de la condenación; pero he descubierto que necesito su salvación en otras áreas de mi vida y he entendido un poco más aquella palabra que nos dice: «Ocupaos de vuestra salvación». Yo necesito a un Salvador cada día. El Salvador que me salve de mis tendencias negativas, de mis temores, mis inseguridades, mi rebeldía, mi dureza, mi incompetencia, mis depres, mis enfermedades, y un largo etc.

También he entendido que al reconocer que necesito un Salvador permanentemente me pongo a la misma altura de los que nunca han experimentado a Jesús como Señor y Salvador. Me hago como ellos, como hacía San Pablo para ganar a los inconversos para Cristo. Cuando más débil y atacada me sentía, venían mis vecinas a visitarme, preguntándose cómo podía mantenerme con una sonrisa en medio de mis aflicciones.

Les pude responder: «Yo puedo tener los mismos problemas que otros, pero tengo a Jesús en mi vida y corazón; y eso marca la diferencia que veis. Sólo él es mi Salvador. Él me va a ayudar».

La Biblia al Día dice así en 1 Corintios 9,22: «En otras palabras, trato de acomodarme en lo posible a las personas para que me dejen hablarles de Cristo, para que Cristo pueda salvarles». No seamos unos santurriones imposibles de imitar, lejos del alcance de otros, sino que cualquiera pueda identificarse con nuestra propia condición y necesidad de un Salvador personal. Quitemos nuestras máscaras de santitos. Seamos transparentes y reconozcamos nuestras luchas para darle lugar a la gloria de Dios.

Yo necesito, tú necesitas... Si yo no necesito nada, ¿cómo podré saber lo que necesitas tú? ¿Y cómo vamos a llevar a otros a Dios si no vamos nosotros mismos a él?

Necesitamos vivir una Salvación constante, activa, desafiante, integral; que se evidencie en nuestro clamor y oración. Hemos de reconocer nuestra necesidad de él también en nuestros testimonios: reconociendo su obra y su respuesta. Aprendamos a compartir nuestros testimonios, dando gloria a Dios por cada obra suya porque él no hace nada insignificante.

Hay otro verbo ungido:

Yo necesito tu testimonio.

Tú necesitas mi testimonio.

El mundo necesita nuestros testimonios.

Si estos pensamientos te han bendecido, te invito a leer el Salmo 116 y Salmo 118,1-21, para que te bendiga el testimonio de David. Que Dios nos enseñe a vivir con verbos ungidos en nuestras bocas.

Desde los siglos y las civilizaciones cuando se escribió la Biblia, hasta nuestros tiempos y civilización, han cambiado marcadamente tanto la familia y el matrimonio y lo que significan, como la celebración de la boda y lo que escenifica.

En tiempos bíblicos el matrimonio era concertado entre los padres de los novios, que aliaban así a sus familias procurando cada una «un buen partido» para sus intereses respectivos. La familia se entendía en los términos de los descendientes de un patriarca — muchas veces un patriarca ya difunto pero cuya descendencia seguía estrechamente vinculada y con intereses en común. La presuposición siempre presente era que la joven desposada por sus padres, llegaba virgen al matrimonio.

En los últimos siglos especialmente aquí en Europa pero difundiéndose por todo el mundo, ha ido prosperando la idea romántica de la boda entre dos personas que se han sentido física y emocionalmente atraídos con una atracción más que pasajera. Ahora, entonces, sobre el cimientito de ese sentimentalismo, piensan construir una familia independiente. En «el mundo» en derredor de la iglesia evangélica es, además, habitual que esas parejas que ahora se casan vengán apareándose carnalmente desde largo tiempo —habiéndolo hecho antes con otras personas, de forma más o menos regular. Ahora, sin embargo, han decidido asentar formalmente en el Registro Civil su relación de pareja. Tampoco rige hoy, «en el mundo», la presuposición de que quienes se casan tengan que ser macho y hembra.

Son realidades diferentes, que naturalmente vienen a ritualizarse también de maneras diferentes.

Pero aquí venimos a tratar sobre rituales de transición a lo largo de la vida de los cristianos. Esta es otra realidad, otra vez diferente. Se trata ahora de personas que, habiéndose

Rituales cristianos de transición

5. Boda

por Dionisio Byler

desarrollado en familias cristianas en el seno de nuestras iglesias durante su niñez y juventud, ahora se disponen a empezar su propia familia, *que también seguirá participando en la vida de la iglesia*, de forma estable y comprometida.

Es importante, entonces, que sepamos hallar formas de escenificar lo que es un compromiso a tres bandas, que en su desarrollo vienen a ser cuatro.

Es el compromiso de pareja estable, monógama y vitalicia entre dos personas, claro que sí. Pero es a la vez la renovación del compromiso de ambos con el Señor, para continuar sirviéndole, amándolo y reverenciándolo en esta nueva etapa de su vida también —igual que antes, cuando eran solteros. No se unen unos cualquiera, sino dos escogidos amados de Dios para simbolizar, mediante su unión, el amor y la mutua dedicación entre Cristo y su Iglesia. Se unen dos siervos de Dios para mediante el vínculo sagrado de su exclusividad monógama, personificar que el amor de Dios es eterno y es fiel. Se unen, no para servirse a sí mismos, ni tan siquiera para servirse mutuamente, sino para servir a Dios juntos, encarnando juntos los propósitos de Dios

para la humanidad. Para bendecir juntos a Dios y servir juntos al prójimo.

Y Dios también «se casa» con ellos. También se compromete. Se compromete a bendecirlos y acompañarles y amarles, a no faltar nunca de la mesa de su cocina ni de la cama de su alcoba. No como un intruso sino como el más íntimo de los tres, el que inspira y motiva el amor entre ellos y los impulsa a querer agradecer al otro más que a sí mismo en la relación de pareja. Dios será la cabeza invisible del hogar, el que estimula todo lo agradable y hermoso y perfecto que pueda suceder allí. El que los ayudará también a perdonarse uno al otro, y a superar las dificultades y quebraderos de cabeza que conlleva educar y cuidar de sus hijos —o saber sobrellevar el nunca tenerlos.

Y si este matrimonio a tres bandas acaba siendo, al fin, a cuatro, es porque la iglesia —la comunidad inmediata donde comulgan— tampoco será una intrusa ni una extraña, sino parte íntima del entramado de su vida de familia. La iglesia se compromete a ser un recurso siempre disponible para apoyar a la pareja en su bienestar emocional y espiritual, en sus dificultades económicas y de cualquier tipo

que pudieran sobrevenir a lo largo de la vida. Como familia de los hijos de Dios que en efecto es, se brinda como entorno familiar, dentro del cual esta pareja desarrollará su propia vida de familia en un sentido más estrecho.

La boda cristiana como ritual cristiano de transición, entonces, ha de hallar formas para expresar, con palabras y con símbolos y actos simbólicos, todos estos elementos:

- El compromiso monógamo y vitalicio entre las dos personas.
- El compromiso renovado de estas personas y de este matrimonio nuevo, con Dios y con su obra en el mundo.
- La bendición, el beneplácito y la promesa de acompañamiento de Dios con este matrimonio.
- El compromiso de acompañamiento, de recurso espiritual y familiar, de la iglesia con la familia nueva que ahora se crea.

Siempre que se comunique el meollo de estas cosas, los símbolos o rituales específicos admiten una enorme diversidad y creatividad personal, tanto de la propia pareja, como del pastor y la iglesia local que los casa.



La gracia y el infierno

por Antonio González



El infierno no es otra cosa que la posibilidad gratuita de negarse a la gracia, de optar por la separación definitiva de Dios. Es la libre posibilidad de no querer sentarnos por toda la eternidad a la misma mesa con los publicanos y los pecadores.

Contra lo que se suele pensar habitualmente, no fueron los teólogos «liberales» o «humanistas» los que, en los tiempos modernos, pusieron en cuestión la idea de que Dios, en el «juicio final», condenará a algunos seres humanos a pasar la eternidad en el infierno, en llanto y crujir de dientes.

Autores más bien pietistas y bibliocistas como Johann A. Bengel en el siglo XVIII o su discípulo Friedrich Chr. Oetinger defendieron la tesis de que, finalmente, en Cristo serían reconciliadas todas las cosas. La idea fue retomada por Johann Christoph Blumhardt, en el contexto del avivamiento alemán del siglo XIX. En el siglo XX fue Karl Barth, nada sospechoso de liberalismo, quien tendió a defender el llamado «universalismo», en el sentido de que Dios, finalmente, restauraría a toda su creación. La razón posiblemente es la siguiente: la posibilidad de una condenación eterna pone el acento en lo que el ser humano hace o deja de hacer para salvarse.

El humanismo, en realidad, siempre está centrado en el ser humano. En cambio, los autores que subrayan la gracia y la iniciativa de Dios, confían en que finalmente esa gracia alcanzará a toda la creación, incluyendo a los pecadores, a los incrédulos, y también al mismísimo diablo...

Desde el punto de vista de la Escritura, podemos encontrar textos en ambas direcciones. Algunos pasajes

parecen favorecer la idea de una reconciliación final de todas las cosas creadas en Cristo (Ef 1,10; Col 1,20; 1Co 15,22; Ro 11,32). En cambio, en otros textos bíblicos encontramos muy claras advertencias sobre la posibilidad de una condenación eterna (Mt 7,13-14; Mt 25,31-46; Mc 9,42-48; Lc 16,22-31; Flp 3,19; 1Co 1,18; 2Co 2,15; etc.). Por supuesto, esta aparente «contradicción» en los textos bíblicos se puede tratar de superar, en una dirección o en otra.

No se trata de ignorar los pasajes que no nos gustan.

Se puede decir, por ejemplo, que los textos relativos a una condenación señalan una situación que no será eterna (porque el término griego traducido por «eterno» (*aiónios*) en realidad se refiere a un «eón», y no a la eterni-

dad de Dios), y que finalmente triunfará la misericordia de Dios, en una nueva creación. O se puede decir, en el sentido inverso, que los textos que hablan de una restauración de todas las cosas en realidad no hablan del resultado del «juicio final», sino más bien de los propósitos eternos de Dios. Pero que Dios, finalmente, respetará la libertad del ser humano, para decidir en favor o en contra de Él.

Desde un punto de vista teológico, hay que hacer varias observaciones. Ante todo, parecen insuficientes las reflexiones que piensan desde el punto de vista de la justicia retributiva. Unos dicen que Dios, para ser justo, tendrá que condenar a los malvados e incrédulos. Otros dicen que el Dios que nos manda perdonar a todos no puede ser tan incoherente como para él mismo no perdonar. Sin embargo, en ambas perspectivas se piensa el «juicio final» como un tribunal donde se ejerce la justicia retributiva o donde se interrumpe el ejercicio de esa justicia mediante el perdón.

Pero tal vez no se trate de esto.

Tal vez lo decisivo del juicio, como vio el evangelio de Juan, se juega en nuestra propia aceptación del perdón incondicional de Dios: el que cree en el perdón ofrecido por Jesús no es condenado, mientras que el que no cree, ya ha sido condenado (Jn 3,18). También se podría traducir: el que cree no es juzgado, mientras que el que no cree ya ha sido juzgado.

Tal vez el «juicio final» alude ante todo al hecho de que en nuestra propia vida podemos tomar decisiones definitivas respecto a nosotros mismos, y a nuestro destino final.

Significativamente, los pasajes en los evangelios sinópticos en los que Jesús nos advierte sobre el «infierno» (*gehenna*, el basurero de Jerusalén) son exhortaciones a nuestra propia libertad para decidir delante de Dios. Tal vez el «juicio final» alude ante todo al hecho de que en nuestra propia vida podemos tomar decisiones definitivas respecto a nosotros mismos, y a nuestro destino final.

Ahora bien, si nosotros somos los que decidimos, podemos estar banalizando la gracia de Dios. Como si la gracia de Dios fuera una mera posibilidad, que nosotros podemos aceptar o rechazar. En ese caso, parecería que todo depende del ser humano, y no de Dios.

Ahora bien, si afirmamos la soberanía de la gracia de Dios, de modo que nada dependa del ser humano, parecería que sólo tenemos tres grandes soluciones.

Donde falla la afirmación «calvinista» de la gracia, en sus diferentes versiones, es en la idea de que la gracia se opone a la libertad humana.

(1) O afirmamos como los calvinistas la «doble predestinación», de modo que Dios desde la eternidad habría destinado a unas personas a salvación y otras a perdición, con independencia de sus decisiones.

(2) O afirmamos que Dios predestinó a todos a la salvación, y todos se salvarán, lo quieran o no. Aquí el calvinismo se torna en un presunto humanismo que no cuenta con el hombre, y en un presunto liberalismo que ignora la libertad.

(3) O reformamos el calvinismo y afirmamos, como Karl Barth, que Dios solamente destinó a un ser humano a la condenación, y ese ser humano fue Jesús, que cargó con todo el abandono de Dios, para que nadie nunca más experimente ese abandono. En cualquiera de los casos, la libertad humana desaparece, y Dios decide desde siempre cuál ha de ser nuestro destino final.

Tal vez haya otra posibilidad que no niegue la gracia. Es muy importante subrayar que la salvación es una gracia, y no un mérito del ser humano. Si por nosotros fuera, moriríamos en la eterna separación de Dios. Es importante también subrayar que esa gracia no es una gracia barata, sino muy cara: estamos salvados gracias a la obra de Jesús. En este sentido, es atinada la expresión de Barth: Dios solamente predestinó a un ser humano a la condenación, y ese ser humano fue Jesús. Dios quiso cargar él mismo con la separación de Dios. En Cristo, Dios experimentó el abandono de Dios, para que nadie tenga que cargar con ese abandono. Precisamente en Cristo vemos la voluntad de Dios de

que todos los seres humanos se salven.

Donde falla la afirmación «calvinista» de la gracia, en sus diferentes versiones, es en la idea de que la gracia se opone a la libertad humana.

Da la impresión, en muchas reflexiones teológicas, de que cuanto más se afirma la libertad humana, menos lugar queda para la gracia. E, inversamente, cuanto más se afirma la gracia de Dios, menos lugar queda para la libertad. Pero este modo de pensar choca abiertamente con un principio bíblico fundamental, que es justamente la idea de que la gracia de Dios crea y afirma la libertad del ser humano. La creación misma es una obra de gracia, y en ella el ser humano es destinado a la libertad respecto a todas las criaturas.

La elección de Abraham no se basa en ningún mérito previo de Abraham, y sin embargo Abraham recibe una nueva libertad: la libertad de la fe. La salida de Egipto no se basa, como insiste el Deuteronomio, en un mérito previo de Israel. Sin embargo, los israelitas son invitados a caminar en libertad, para ser un pueblo libre. Del mismo modo, la obra de Jesús consiste en hacernos libres (Jn 8,36), y allí donde está su Espíritu Santo, está la libertad (2Co 3,17).

El asunto, entonces, no consiste en que a la gracia se le añada «pelagianamente»¹ una migaja de libertad, para no darle toda la gloria a Dios, sino darle un poco de esa gloria al ser humano. Lo que sucede es que esa gracia de Dios incluye la libertad. La gracia no es la presencia imponente de un Dios cuyo poder anula la libertad humana. La gracia es concedida con la autoridad de un Dios que ha querido manifestarse precisamente en la debilidad. De hecho, el mensaje en el capítulo 25 del evangelio de Mateo habla precisamente de la salvación de aquellas «naciones» (*goyim*, gentiles) que, desconociendo a Jesús, lo encuentran en la debilidad de los pobres y marginados.



¹ En el siglo V, Pelagio argumentó contra Agustín de Hipona, que el ser humano es libre para escoger su destino.

No podríamos rechazar la gracia si no fuera por la gracia misma de Dios, que nos hace libres. La gracia de Dios es tan maravillosa, que ella nos da incluso la libertad de rechazarla. Por eso toda la gloria es de Dios. El que podamos aceptar o rechazar los regalos no añade nada a esos regalos. Si el regalo incluye la libertad de rechazarlo, todo es gracia.

El infierno, por ello, nos habla de la gracia de Dios, de su don de una libertad completa y radical, incluso frente a la gracia, incluso frente a Dios mismo.

El infierno no es otra cosa que la posibilidad gratuita de negarse a la gracia, de optar por la separación definitiva de Dios. Es la libre posibilidad de no querer sentarnos por toda la eternidad a la misma mesa con los publicanos y los pecadores. Esta libertad, en lugar de negarle algo a la obra de Dios en Cristo, la subraya radicalmente. Solamente por medio de Cristo tenemos la libertad completa a la que fuimos llamados. Solamente porque Cristo experimentó el abandono de Dios, podemos esperar una reconciliación *libre* de toda la creación con Dios.

La voluntad de Dios, desde el inicio de la creación, es la libertad del ser humano. Por esa libertad murió Cristo. Una restauración de todas las cosas sin el ejercicio definitivo de la libertad del ser humano no sería verdadera restauración. Una restauración final de todas las cosas en la que el ser humano no pudiera decidir su destino, no sería el triunfo escatológico de la gracia manifestada por Dios en Cristo. La restauración final de todas las criaturas solamente puede ser esperada como el triunfo de la gracia radical que nos hace libres.

Novedades de Biblioteca Menno

Quintanadueñas, noviembre — Hemos iniciado una nueva etapa en la labor de la Secretaría de AMyHCE por producir y publicar materiales de edificación e instrucción para los miembros de nuestras iglesias y nuestras iglesias hermanas en otros países de habla hispana.

Desde los inicios de Biblioteca Menno en 2009, el formato de publicación ha sido por POD (*print on demand*, impresión bajo demanda) con la empresa Bubok. El sistema de impresión bajo demanda nos permite publicar libros sin tener que invertir en la compra de un stock de libros para vender, por cuanto las máquinas de impresión y encuadernación se ponen en marcha cada vez que llega un pedido, sea de un solo libro, sea de 100.

Ahora hemos empezado a publicar, también por POD, con la empresa Amazon. Amazon es un portal de ventas online de dimensiones inmensas y presencia en Norteamérica y Europa, pero capaz de enviar sus productos a todos los países del mundo. Al ser el líder indiscutido en la venta online de libros, resulta especialmente útil para poner nuestros libros a disposición de los lectores, sin complicaciones. También nos ofrece la distribución de libros en versión para su popular tableta Kindle, a un precio muy reducido.

Esta nueva etapa se ha puesto en marcha con la reedición de *El diablo y los demonios según la Biblia*, por Dionisio Byler. Publicado original-

mente por CLIE en 1993, tuvo excelente acogida y hubo que volver a imprimirlo con una tirada bastante mayor que la inicial. Desde hace bastantes años, sin embargo, CLIE ya no lo venía ofreciendo. Como continúa habiendo interés en poder adquirir este libro a pesar de los más de 20 años transcurridos desde que se escribió, relanzarlo bajo el sello de Biblioteca Menno nos ha parecido un proyecto que había que abordar.

El precio final de venta (4,58 € IVA incluido pero portes aparte) resulta sensiblemente más bajo que el que nos ofrecía Bubok.

La experiencia —y la reducción de precio— nos ha resultado tan positiva, que hemos procedido a preparar una nueva edición de todos los demás libros de Biblioteca Menno, para su venta en papel y para tableta, por la librería online Amazon. Eso sí, permanecerán a disposición en la tienda Bubok donde, además, seguirá siendo posible la descarga gratuita del archivo PDF. Algunos títulos ya aparecen en Amazon (hacer una búsqueda con las palabras «Biblioteca Menno»); otros irán apareciendo a principios de diciembre.

Títulos publicados por Biblioteca Menno:

José Luis Suárez, *Metamorfosis. La madurez cristiana en un mundo cambiante*

Levi C. Hartzler, *Peregrinaje de servicio. Misión para la alimentación de niños en España, 1937-39*

Dionisio Byler, *¡Ánimo! Dios no nos olvida*

-----, *El diablo y los demonios según la Biblia*

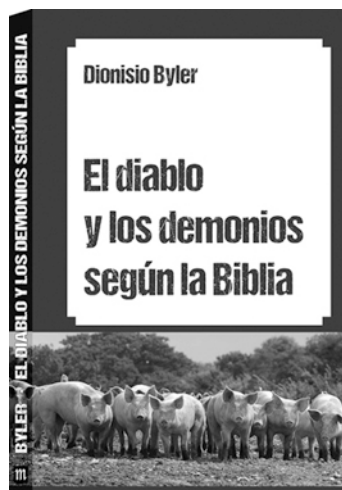
-----, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*

-----, *Identidad cristiana (en la corriente anabaptista/menonita)*

-----, *La autoridad de la Palabra en la Iglesia*

-----, *No violencia y Genocidios*

-----, *Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia (y algunas cosas que preferirías no saber)*



Noticias de nuestras iglesias

Fuera de peligro

No es habitual en *El Mensajero* informar de la salud de los miembros de nuestras iglesias. Pero como en otra ocasión previa, estimamos que hay una excepción para todo y que, por el cariño en que se tiene en nuestras iglesias a José Luis Suárez, pastor jubilado de la Iglesia Menonita de Barcelona, la siguiente carta a los pastores y líderes de nuestras iglesias podía ser de interés general:

Barcelona, 10 de noviembre —

Querida gran familia y amigos:

En el mes de julio, el equipo de oncología que me está tratando me comunicó que el tumor se había parado (enquistado), que no desaparecería pero que en la mayoría de los casos como es el mío, las personas pueden vivir sin problemas y morir de otra causa que no sea el tumor. A partir de este momento deberá haber un seguimiento y controles regulares, por si por alguna razón el tumor se reactiva.

La oncóloga que nos ha venido informando de la evolución de la enfermedad (Maribel y mi hija Débora han estado presentes en los momentos de estos informes) nos dijo: «Nunca he visto un caso como el suyo». Y mirándome añadió: «Bueno, quizá alguno, pero muy pocos».

Hace dos semanas tuve otro control que consiste en escáner y analítica de sangre. El resultado, es que no hay cambios y que el tumor sigue parado, por lo que se me comunicó que hiciera vida normal y que a finales de enero tendré el próximo control médico.

Aunque el cuerpo humano es misterioso y debemos ser prudentes, considero que la información médica, así como las señales internas que recibo de mi cuerpo indican que no tengo que estar preocupado por el tumor, más allá de los controles médicos regulares que seguiré teniendo.

Ahora es el momento de gratitud. Es una evidencia que la presencia del Señor en estos meses ha sido muy importante, así como todos mis esfuerzos mentales, emocionales y

espirituales, pero no ha sido menos cierto el apoyo recibido tanto de mi familia, de la iglesia menonita de Barcelona como de tantas personas de cerca y de lejos que han estado cerca de mí y que me ha permitido tener las fuerzas necesarias para hacer frente a la enfermedad, cuando las mías estaban bajo mínimos.

Quiero agradecerlos a cada uno de vosotros desde lo más profundo de mi corazón todo el apoyo que me habéis dado en esta etapa difícil y complicada de mi vida. Han sido los nueve meses más duros de toda mi existencia.

Difícilmente olvidaré las llamadas telefónicas, las cartas, las visitas y todas las señales de amor, de oración y los muchos detalles recibidos a lo largo de estos nueve meses.

Me gustaría escribiros una carta de forma personal a cada uno de vosotros, pero al no ser posible, aceptar esta carta como si lo fuera.

Un beso.
José Luis

Últimos detalles, EME 2014

Burgos, 18 de noviembre — Este domingo por la tarde se ha vuelto a reunir el comité de los voluntarios para la organización del Encuentro Menonita Español que se celebrará en Burgos los días 5-8 de diciembre.

Tal vez la labor más importante y dificultosa que quedaba para realizar, era la configuración exacta de los talleres y los espacios y horarios en que distribuirlos. Estamos muy agradecidos por el esfuerzo que han hecho los participantes, por indicar sus preferencias mediante la preinscripción online. ¡El resultado, sin embargo, ha sido una cantidad abrumadora de información que había que organizar, esperamos, de manera satisfactoria para cada asistente! Para colmo, aunque esperábamos contar con algún espacio adicional para talleres, aparte de las aulas de escuela dominical de nuestro Centro Evangélico, a estas

BURGOS DICIEMBRE
CENTRO EVANGÉLICO 5-8
(calle Pessac s/n) 2014



ENCUENTRO
MENONITA
ESPAÑOL

Precio:
(retiro completo) MODALIDAD A
105 € (145 € a partir del 6 de octubre)
(sin alojamiento) MODALIDAD B
39 € (53 € a partir del 6 de octubre)
(sólo plenarias) MODALIDAD C
18 € (10 € para menores de 18 años)
(plazas sujetas a disponibilidad del aforo)



alturas alguna posibilidad se había tenido que descartar y otra... tardaba en responder.

Al final, sin embargo, el hotel donde se alojarán los asistentes que vienen de otras ciudades, ha confirmado que podremos disponer en esas tres horas —las de los talleres— de un salón donde cabrán 60 personas. Este era el detalle que nos faltaba para que todo empezara a encajar. ¡Pueden imaginar nuestros lectores, la ola de alabanzas y expresiones de gratitud a Dios que invadió a los organizadores! Desde luego, está visto que nunca sería inteligente descartar la posibilidad de que Dios nos eche una mano.

Otros detalles que se trataron: Tenemos por fin las personas que nos edificarán con sendos testimonios en cada una de las sesiones plenarias. Esta es una novedad en este EME, y confiamos que nos será a todos de mucha inspiración y edificación. También estamos ultimando el paquete de información que se entregará a cada asistente según vayan llegando el viernes 5 por la tarde: Etiqueta de identificación personal, plano de la ciudad, información turística, programa EME 2014, hoja de evaluación, y algún etcétera.

¡Nos vemos el 5!

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

reino/reinado de Dios/de los cielos — El gobierno directo de Dios sobre la humanidad es, tal vez, la aspiración más elevada que enuncia el testimonio de la Biblia. Todas las sociedades de todas las civilizaciones a lo largo de los milenios, nos hemos sabido instintivamente mal gobernados. Lo que nos proponen como justicia es justicia... según para quién. Lo que nos explican como defensa, excusas para llevarse a nuestros hijos como carne de cañón para guerras por intereses particulares. Lo que nos presentan como generosidad, una proporción pequeña de lo que nos extorsionan del fruto de nuestro trabajo. ¡Ay, si nos gobernara en persona desde el cielo Dios!

Los diferentes términos: He aprendido de Antonio González que es más apropiado hablar de *reinado* que de *reino* de Dios. *Reino*, sustantivo, indica un territorio. Por ejemplo: el Reino de España. *Reinado*, participio del verbo *reinar*, suele indicar el período de gobierno de un monarca y es por consiguiente más dinámico, menos pasivo. Se refiere a la propia acción de reinar que es, precisamente, lo que interesa en cuanto al reino o reinado de Dios.

Luego en los evangelios, hay alguna ocasión cuando este reinado se califica como *de los cielos*, ya no como *de Dios*. Esto se explica fácilmente por el tabú en el judaísmo contra la pronunciación del Nombre del Señor, por temor a incurrir en violación del mandamiento contra tomar el Nombre en vano. Las dos expresiones son idénticas: En una se evita mentar expresamente a Dios, en la otra no; pero ambas vienen a indicar el reinado *de Dios*.

Esto es venir a decir que el ámbito del gobierno de Dios no es otro que esta tierra en que se desarrolla nuestra vida presente. No es algo que se posterga indefinidamente y solamente podrá suceder en un ámbito puramente espiritual, informe, descarnado, inmaterial. La esperanza «escatológica» (de los últimos tiempos) en un futuro glorioso más allá de la muerte

es un elemento irrenunciable de la fe cristiana. Jesús no es reacio a pronunciarse sobre ese futuro. Pero en cuanto al reinado de Dios, lo que parece indicar es que con las señales que acompañan su propia presencia —la de Jesús— en el mundo, ese reinado «se ha acercado», ya ahora, a la humanidad.

El papel del Mesías, o Cristo. A lo largo del Antiguo Testamento, la idea del gobierno de Dios se desenvuelve a la par con la del ser humano que hace de intermediario entre Dios y la sociedad que Dios gobierna. Durante unos pocos siglos la corte y su templo anexo en Jerusalén, promovieron la teoría de que ese intermediario era la monarquía. El rey era ungido al acceder al trono. Esta palabra, *ungido*, se dice *Mesías* en hebreo y *Cristo* en griego. Y durante los cuatro siglos de la monarquía en Jerusalén, nadie dudó que ese Mesías o Cristo era el descendiente de David que a la sazón gobernaba, adoptado en cada generación como «hijo de Dios».

En los siglos posteriores, el Sumo Sacerdote —también ungido— ocupó el espacio político que antes había ocupado el rey de Jerusalén. Pero la corrupción evidente de la corte del Sumo Sacerdote, hizo entender a la gente que Dios se reservaba otro *Mesías*, otro reinado mucho más directo sobre la nación.

Jesús no quiso presentarse como soberano político con alegatos de línea directa con Dios. Rechazó cualquier forma de asociación con la figura monárquica humana, que él —como también una parte importante del testimonio de la Ley y los Profetas— consideraba problemática. El relato de las tentaciones inmediatamente después de su bautismo nos indica que asumir esos atributos de «hijo de Dios» fue una tentación que Jesús pensó que había que resistir —aunque con ello se le abría la posibilidad de gobernar toda la tierra (de la mano de Satanás).

Sin embargo, después de su resurrección y ascensión al cielo, la Iglesia no dudó en atribuirle el rango de

Cristo, ungido para gobernar sobre toda la humanidad como Dios o bien, indistintamente, *hijo de Dios*. El Nuevo Testamento no lo ve como rey en ciernes, preparándose para gobernar en un futuro indeterminado. Lo ve, al contrario, como Cristo y como Rey ya hoy. Governa ya, hoy... en esta tierra. Pero no en un territorio en particular, sino en los corazones de aquellos que aceptan ser gobernados por Dios. Cristo no gobierna *desde arriba* con autoritarismo y amenazas de violencia. Governa *desde adentro*, por el amor y la devoción y la lealtad que inspira en nosotros.

Tenemos en las epístolas la promesa de que reinaremos juntamente con él, con Cristo. Desaparece así de una vez por todas la idea de *monarquía*, el gobierno por uno solo. Ya no hará falta. Porque nacerán espontáneamente de nuestro interior el bien y la misericordia y la bondad y el amor y la solidaridad y la perfección de intención.

Sin duda jamás será perfecto esto en esta vida presente. Pero pretenderlo es lo que nos mueve y nos inspira.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

www.menonitas.org